

S. EUSEBIO JERÓNIMO, PRESBITERO DE ESTRIDÓN, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA AGEO A PAULA Y EUSTOQUIO, LIBRO ÚNICO. (C)

Prólogo.

En el segundo año de Darío, hijo de Histaspes, rey de Persia, se completó el septuagésimo año de la desolación del templo (que Jeremías profetizó en el capítulo XXV), lo cual también atestigua el profeta Zacarías: quien, al haber puesto el título de su visión en el segundo año del mismo rey, en el undécimo mes, Sabat, el día veinticuatro, añadió diciendo: "Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo no te compadecerás de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las cuales has estado airado? Este es el septuagésimo año" (Zac. I, 7, 12). También Esdras, habiendo construido solo el altar y echado los cimientos del templo, refiere que la obra fue prohibida por las cartas del rey Artajerjes: "Entonces fue interrumpida la obra de la casa de Dios en Jerusalén, y no se hizo hasta el segundo año del reinado de Darío, rey de Persia" (I Esdr. IV, 24), y añadió de inmediato: "Profetizaron entonces el profeta Ageo y Zacarías hijo de Addo, profetizando a los judíos que estaban en Judea y Jerusalén, en el nombre del Señor de Israel: Entonces se levantaron Zorobabel hijo de Salatiel, y Jesús hijo de Josadac, y comenzaron a edificar el templo de Dios en Jerusalén, y con ellos los profetas de Dios ayudándolos" (I Esdr. V, 1, 2). En ese tiempo, entre los romanos, el séptimo desde Rómulo, Tarquinio el Soberbio, gobernaba en su vigésimo séptimo año de reinado, quien fue expulsado por Bruto ocho años después: y luego la república fue administrada por cónsules durante cuatrocientos sesenta y cuatro años, hasta Julio César. Esto lo hemos dicho, oh Paula y Eustoquio, para que desde el mismo título reconozcáis en qué época profetizó Ageo. Y es de saber que, según la letra, tanto Ageo como Zacarías fueron profetas de gran espíritu: que, contra el edicto del rey Artajerjes, y los samaritanos y todas las gentes alrededor que impedían la edificación del templo, ordenaron construir el templo: también Zorobabel y Jesús hijo de Josadac, y el pueblo que estaba con ellos, no con menor fe; para que escucharan más a los profetas ordenando, que al mandato del rey prohibiendo.

COMIENZA EL LIBRO.

(Cap. I. Vers. 1.) En el segundo año del rey Darío, en el sexto mes, en el primer día del mes, vino la palabra del Señor por medio del profeta Ageo. Porque el pueblo que parecía haber regresado del cautiverio, aún no había edificado el templo, ni levantado los muros de la ciudad, ni tenía la gloria de la antigua Jerusalén: sino que habitaba en casas cóncavas, y como se dice más significativamente en griego: κοιλοστάθμοις, es decir, situadas abajo y sumergidas en el valle: por eso no se dirige a ellos la palabra de Dios bajo el rey Ezequías, o Amón, o Josías; quienes mientras Jerusalén estaba en pie, gobernaron al pueblo de Dios; sino bajo el rey Darío, príncipe de los persas, de quien también Daniel refiere mística en su volumen. Darío en nuestra lengua significa, generaciones hechas, o, que fueron: lo que en griego se dice γενεαὶ γινόμεναι: y no merecía el pueblo, sin templo y habitando abajo, tener otro rey, sino aquel que servía a las generaciones, y amaba la carne, y guardaba la primera sentencia del hombre aún ignorante, y expulsado del paraíso: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra" (Gén. I, 28, y IX, 1). Por tanto, porque Darío era amante del coito, y compañero del dragón, cuya fuerza está en el lomo (Job XL): por eso en el segundo año se muestra la visión al pueblo, en un número impuro, y después de la unión de la virginidad y la desnudez del paraíso, significando túnicas de piel. Finalmente, en el Génesis, cuando en el primer día se dijo, y en el tercero, y en el cuarto, y en el quinto, y en el sexto, después de la consumación de cada obra: "Y vio Dios que era bueno": en el segundo, según el hebreo, y Aquila, y Símaco, y Teodoción no se encuentra. Pues no podía el segundo día, que hace el número que divide de la unión, ser aprobado como bueno por la sentencia de Dios. También se atribuye el

sexto mes, que no tiene solemnidades de Dios, como el séptimo mes; sino que está cerca de los seis días en que fue hecho el mundo (Ibid.). En el cual se trabaja, y con el sudor del rostro se come el pan: y la tierra nos produce cardos y espinas, y cuando ha recibido la semilla de trigo, es más fecunda en cizaña y avena. Pero como ya se había edificado el altar, y contra los enemigos que se oponían querían construir el templo, y no lo habían construido: en un día del sexto mes vino la palabra del Señor por medio del profeta Ageo, para que el pueblo, dejando el segundo año del rey Darío, que divide de la unión; y el sexto mes que había pasado, y que se atribuye al número del trabajo, volviera a la unión de Dios, y siguiera el número impar y único: que incluso el poeta gentil sabía que era puro, diciendo (Virg. Eclog. VIII): ". Dios se complace en el número impar." La palabra del Señor se hace, buscando a quién venir y a quién enseñar, en la mano del profeta Ageo, quien tenía buenas obras, y en cuyos hechos podía descansar la palabra de Dios. Pero donde las manos están llenas de sangre, y se mata a Jesús, y el pueblo se atreve a decir: "Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos" (Mat. XXVII), allí no se hace la palabra de Dios. Hasta hoy, teniendo manos impuras, el Israel carnal las extiende al Señor; pero porque están llenas de sangre, el Señor les habla por el profeta: "Si extendéis vuestras manos, apartaré mis ojos de vosotros: porque vuestras manos están llenas de sangre" (Isai. I, XV). No se hace en sus manos la palabra del Señor, porque están impuras; no viene a ellos la palabra de Dios, porque en sí matan la palabra de Dios. Y no se debe pensar que solo en la mano del profeta Ageo se hizo la palabra del Señor: sino porque Ageo se interpreta como festivo, todo el que puede celebrar fiestas, no en la levadura vieja de malicia y maldad, sino en los ázimos de sinceridad y verdad (I Cor. V, 8), puede recibir la palabra de Dios. Tengamos también nosotros manos limpias, y seamos llamados ἑορτάζοντες, es decir, celebrantes de fiestas, y a nosotros vendrá la palabra de Dios. Propongamos ante nuestros ojos, porque la ley es espiritual, solemnidades espirituales, de las cuales está escrito: "Tres veces al año me celebraréis fiestas. Guardaréis la solemnidad de los ázimos: siete días comeréis ázimos: como te mandé en el tiempo del mes de los nuevos: porque en él saliste de Egipto. No aparecerás vacío ante mi presencia; y la solemnidad de la siega de los primeros frutos de tus obras, cualquiera que hayas sembrado en el campo: y la solemnidad de la recolección al final del año en la recolección de tus obras del campo" (Exod. XXIII, 14, ss., y Deut. XVI). Si queremos que en nosotros se haga la palabra de Dios, seamos Ageos, es decir, celebrantes de fiestas, y no aparezcamos vacíos ante la presencia de Dios (II Cor. IX): sembrando en el espíritu, del espíritu cosechemos vida eterna; para que celebremos la solemnidad de la recolección al final del año, es decir, la recolección de nuestras obras del campo, la solemnidad de los primeros frutos de nuestras obras, cualquiera que hayamos sembrado en el campo al que el Señor ha bendecido. Seamos también Ageos, y durante toda nuestra vida hasta la consumación del año, es decir, hasta la salida de este mundo, celebremos fiestas en nuestras obras, que nos han nacido en nuestro campo. Hay muchas cosas, y no de este tiempo, que pueden decirse sobre la solemnidad, a las cuales el lector diligente puede adaptar la inteligencia espiritual de toda la Escritura.

A Zorobabel, hijo de Salatiel, príncipe de Judá: y a Jesús hijo de Josadac, sumo sacerdote, diciendo. Leemos en las Crónicas, que Jeconías, quien fue llevado a Babilonia, fue hijo de Salatiel, de quien nació Zorobabel (I Par. III, 6). Lo cual también Mateo, enumerando la genealogía del Salvador, dice: "Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel: Salatiel engendró a Zorobabel: Zorobabel engendró a Abiud" (Mat. I, 12, 13). Este Zorobabel de la tribu de Judá, es decir, descendiente de la estirpe de David, es un tipo del Salvador: quien verdaderamente edificó el templo destruido, es decir, la Iglesia; y trajo de vuelta al pueblo del cautiverio. Y tanto de las piedras del antiguo templo, como de las nuevas, que antes eran toscas, edificó la Iglesia, es decir, tanto de los restos del pueblo judío, como de la multitud de los gentiles, construyó un tabernáculo para Dios Padre. Se interpreta según los

múltiples acentos del idioma hebreo, ya sea como ῥεῦσις παρακειμένη, es decir, flujo adyacente, expuesto, o nacido en Babilonia, o príncipe de Babilonia. La primera interpretación es contraria a aquel flujo que se significa en el vocablo Jezabel, es decir, flujo vano, o flujo de menstruación, que manifiestamente denota impureza. Pero también Zabulón se expresa como flujo de la noche. Dejando, pues, el flujo vano y sucio de este mundo y oscuro, sigamos el flujo de Jesús, que se nos ha expuesto para beber, y se ofrece con una fuente muy abundante, según lo que se dice en el Evangelio: "Jesús estaba en el templo, y clamaba, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba" (Juan VII, 37). Y podremos beber de él entonces, cuando pidamos a Dios Padre, según leemos: "Pedid, y se os dará" (Mat. VII, 6). Pues Salatiel se interpreta como petición de Dios. Y nadie viene a Jesús, si no lo trae el Padre (Juan VI, 45). Nacerá, pues, para nosotros un flujo, expuesto por la súplica de Dios, y será de la tribu de Judá, es decir, real, y confesando o alabando a Dios, porque Judá significa ambas cosas. Por otro lado, nacido en Babilonia, según la historia ciertamente se dice de Zorobabel, porque allí nació. Pero también según una inteligencia más alta, denota a nuestro Señor Jesús: porque él también nació en la confusión de este siglo, y estuvo cerca del gravísimo río Quebar, y vio aquella gran visión que bajo su figura Ezequiel (Cap. I) contempla al inicio de su volumen. Pero lo que dije que Zorobabel se interpreta como príncipe de Babilonia, no porque realmente príncipe se interprete, lo dije: ya que entre los hebreos se dice que su nombre está compuesto de tres partes completas: zo se dice, este; ROB, maestro, o mayor: BABEL propiamente significa babilonio, y se forma el nombre Zorobabel (), este maestro de Babilonia. Pero para abreviar la inteligencia por las minucias mencionadas, quise interpretar príncipe de Babilonia, o en Babilonia. Para que de la misma manera que Jesús hijo de Nave, quien también fue un tipo del Salvador, condujo al pueblo de la soledad a la tierra de promisión: así también este, por eso nació en Babilonia, para que aquellos que estaban en Babilonia, los trajera de vuelta a la tierra de promisión, de la cual fueron llevados cautivos, y a los que estaban en cadenas les dijera: "Salid." Y a los que estaban sentados en tinieblas: "Iluminaos" (Isai. XLIX). La palabra del Señor, que fue hecha en la mano de Ageo, no solo se dirige a Zorobabel hijo de Salatiel, de quien ya hemos hablado; sino también a Jesús hijo de Josadac sumo sacerdote. En cuanto a la historia, uno es Zorobabel de la tribu real, y otro Jesús de la tribu sacerdotal. Pero en cuanto a la inteligencia espiritual, uno y el mismo es nuestro Señor y Salvador, rey y sumo sacerdote, cuyo tipo según lo que era rey, lo llevaba Zorobabel: según lo que era Pontífice, lo llevaba su homónimo Jesús, que se interpreta JAO salvación, es decir, salvación del Señor (), y es hijo de Josadac, que también se traduce en nuestra lengua JAO justo, es decir, justo del Señor (). Justo y santo es Dios Padre, y Dios Hijo, y no hay en él iniquidad. Contra Marción y otros herejes, que afirman que el Señor Salvador es hijo de otro dios bueno, no sé cuál, y no del Creador, a quien llaman justo. Y verdaderamente Jesús es el gran Sacerdote, a quien todos los sacerdotes de Dios comparados, son pequeños y nada. Pues si este se llama gran Sacerdote, ciertamente se dice en distinción de aquellos que son menores. Menores son todos los que están fuera de él y después de él, para que de la misma manera que es primogénito de toda criatura, y primogénito de los muertos: así sea príncipe y grande entre todos los sacerdotes.

(Vers. 2.) Así dice el Señor de los ejércitos, diciendo: Este pueblo dice, aún no ha llegado el tiempo de edificar la casa del Señor. Atiende diligentemente que no sean Zorobabel o Jesús quienes digan: aún no ha llegado el tiempo de edificar la casa del Señor; sino el pueblo que aún bajo el rey Darío, no había sacudido el yugo de la servidumbre. Y siempre los que son retenidos en cautiverio, y han salido de Jerusalén, difieren y demoran en edificar el templo de Dios, y dicen: aún no ha llegado el tiempo de edificar la casa del Señor. Y tú cuando veas a alguien que ha salido de la Iglesia, que fue entregado a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Cor. V), pensar y disponer, para edificar el templo por la

castidad, que antes destruyó por la lujuria, y sin embargo, día tras día, decirle: Verdaderamente también tú eres del pueblo de los cautivos, y tú dices: aún no ha llegado el tiempo de edificar la casa del Señor. Quien una vez ha decidido restaurar el templo de Dios, para este todo tiempo es apto para edificar: ni el rey diablo puede impedirlo, ni los enemigos alrededor, ni la piedad simulada de padres, parientes, hijos: tan pronto como convertido clames el nombre del Señor, dirá: "Aquí estoy."

(Vers. 3.) Y vino la palabra del Señor por medio del profeta Ageo, diciendo: ¿Es acaso tiempo para vosotros de habitar en casas revestidas: y esta casa está desierta? O como los LXX interpretaron, κοιλοστάθμοις, es decir, cóncavas. En el mismo día que arriba, nuevamente se muestra esta visión. Y a medida que progresan las obras del profeta, también crecen los dones de la profecía, y habiendo tenido un breve silencio, a lo que dijo el pueblo: aún no ha llegado el tiempo de edificar la casa del Señor, se profiere la respuesta del Señor como pensada, y se les dice: ¿Entonces no es tiempo, para que vosotros habitéis en casas situadas abajo, y en el valle, y mi casa que está en el monte, estará desierta? o como se tiene en hebreo: para que habitéis en casas laqueadas (es decir, adornadas y compuestas, y que no son tanto para uso como para delicias), y mi morada en la que estuvieron los santos de los santos, y los querubines, y la mesa de la proposición, será regada por las lluvias, desolada por la soledad, quemada por el sol? Por otro lado, según la anagogía: Todo tiempo en que se elige la habitación del valle, o servimos a las delicias, es inoportuno. Por eso también los estoicos, a quienes les importa definir cada palabra, dijeron que el tiempo es de corrección o eficiencia: lo que más significativamente en griego se dice χρόνον εἶναι κατορθώσεως. Todo tiempo en que no servimos a las virtudes, sino a los vicios, se pierde, y como si no hubiera sido, se reputa en nada. Si alguno de nosotros, pues, habita en el valle, o en el placer y la lujuria mundana construye su casa, este no edifica templo a Dios, ni tiene el Señor en él donde reclinar su cabeza: y aunque construya casa con los zorros, la morada que fue de Dios sufre estar desierta.

(Vers. 4.) Y ahora dice el Señor de los ejércitos: poned vuestros corazones sobre vuestros caminos. No sea otro el tiempo del que habla, y otro el del que hace: convertid mis preceptos inmediatamente en obra: porque el Señor es omnipotente quien manda, y ciertamente no es leve el mandato del Dios omnipotente. Hasta ahora habéis tenido vuestros corazones sirviendo a los vicios, sin orden, sin preceptor, yendo a dondequiera que os llevaban los deseos. Ahora, sin embargo, el Señor os manda que ordenéis en sí el amor, y pongáis vuestros corazones sobre vuestros caminos, para que no hagáis nada sin juicio y consideración; sino que siempre ante vuestros pies preceda la lámpara legal, y digáis: "Lámpara es a mis pies tu ley y luz para mis caminos" (Sal. CXVIII, 105). O ciertamente así: Porque decís, no es tiempo de edificar la casa del Señor, y vosotros mismos habitáis en moradas que están sumergidas en lo bajo, pero mi casa está desierta: considerad, por mandato mío, y recordad lo que habéis hecho, y lo que habéis sufrido.

(Vers. 5, 6.) Han sembrado mucho, y han recogido poco: han comido, y no se han saciado: han bebido, y no se han embriagado: se han cubierto, y no se han calentado. Y el que ha reunido salarios, los ha puesto en una bolsa rota. Todo su trabajo, que han dedicado a construir sus casas y han descuidado la casa de Dios, no ha tenido éxito. Porque han sembrado mucho, y han recogido mucho menos de lo que se había sembrado: y no pueden decir que la hambruna se debió a que el agricultor dejó de trabajar la tierra. También han comido (no sea que alguno de ustedes diga que fue un ayuno voluntario), y no se han saciado, porque han recogido pocos frutos en los graneros. Han bebido vino de las viñas, pero no tanto como para alegrar su corazón, y que se diga de ustedes: Y el vino alegró el corazón del

hombre (Sal. 103, 15). Han tenido un manto, pero que no repele el frío, ni conserva el calor. Incluso quien de ustedes, ya sea por comercio o por trabajo asalariado, ha reunido salarios, ha trabajado en vano sin recompensa. Porque todos, como si pusieran dinero en una bolsa rota, han visto cómo se escurría. Pero también, según la interpretación espiritual, aquellos que regresaron de Babilonia y aún no han construido el templo de Dios, sino que posponen su construcción cada día, han dicho: Aún no ha llegado el tiempo de construir la casa del Señor: no son cautivos, ni han sido liberados por completo: sino que, como si estuvieran en un punto intermedio, han sembrado mucho y han recogido poco: han comido y no se han saciado: han bebido, y no se han embriagado: se han cubierto, y no se han calentado: han reunido salarios, y como si los pusieran en una bolsa rota, los han perdido. Si alguna vez ves a alguien entre muchas obras de pecadores hacer algunas cosas que son justas, Dios no es tan injusto como para olvidar los pocos bienes por muchos males; sino que hará que coseche solo lo que ha sembrado en buena tierra, y lo recoja en sus graneros. Pero quien es completamente apóstata, este no comerá en absoluto, sino que perecerá de hambre. Por otro lado, quien siembra mucho y recoge poco, come poco, y no hasta la saciedad, según lo que el Señor amenaza en las maldiciones de Levítico: Y comerán y no se saciarán (Lev. 26, 26). Pero quien es santo, comerá hasta la saciedad, y se cumplirá en él lo que está escrito: El justo come y llena su alma (Prov. 13, 25). De manera similar, quien no bebe en absoluto, perecerá de sed: como también en Judit (si alguien quiere aceptar el libro de la mujer): Y los niños perecieron de sed (Judit 8). Pero quien bebe poco, bebe, pero no hasta la embriaguez. Sin embargo, quien puede decir al Señor: ¡Tu copa embriagadora, cuán gloriosa es! (Sal. 22, 6) y se embriaga con Noé (Gén. 9): y aunque esté en Egipto, sin embargo, en el banquete de José con los patriarcas y hermanos, se embriaga de vino (Gén. 43): este, por la magnitud de la alegría y el gozo diario, con los apóstoles convertido en éxtasis, será llamado lleno de mosto (Hech. 2). Sin embargo, cómo no es contrario a esta exposición lo que los hijos de Jonadab, hijo de Recab, no bebieron vino, y son alabados por el Señor, en Jeremías (Cap. 35) se discutirá más adecuadamente. Después de esto, se dice a aquellos que descuidaban construir el templo del Señor: Se han cubierto, y no se han calentado. Lo entendemos del salmo ciento tres, en el que se dice de Dios: El abismo es su vestidura. Aunque según la verdad hebrea se refiere a las tierras, que son rodeadas por el Océano, sin embargo, según los traductores de los LXX que dijeron: τὸ περιβόλαιον αὐτοῦ, en género masculino, y no αὐτῆς, en femenino, nos vemos obligados a entender que se dice de Dios, porque su sabiduría es inescrutable, y el Señor pone las tinieblas como su escondite (Sal. 17), y no se revelan sus sacramentos a cualquiera. Por lo tanto, el justo se alegra, y dice: En mi corazón he escondido tus palabras, para no pecar contra ti (Sal. 128, 11). Este manto, tejido de los sentidos y palabras de la sabiduría múltiple, no permite que los fervientes de espíritu se enfríen, ni que el calor del amor, soplando el Bóreas, se enfríe: Pero quien está en medio, y tiene un manto, pero que no lo cubre por completo: así como ha recogido poco en los graneros, y ha comido, y no hasta la saciedad, y ha bebido, y no hasta la embriaguez: así se cubrirá con el manto de sus sentidos y obras, pero no se calentará. Pero quien por la extrema pobreza del alma no tiene manto: por eso no lo tiene, porque, multiplicada la iniquidad, el amor se ha enfriado en él (Mat. 24). Por lo tanto, de este tipo de hombre, cuyo manto es poseído por otro, se ordena en la ley: Le devolverás su vestimenta antes de que se ponga el sol: porque es pobre, y en ella tiene su esperanza (Deut. 24, 15). Pero esto también les sucede a aquellos que habitaban en los valles, o en casas adornadas, y decían: Aún no ha llegado el tiempo de construir la casa del Señor, para que reunieran salarios en una bolsa rota (Isa. 40, 10, y 62, 11). Si alguno de nosotros hace el bien, y digno de recompensa (que el Señor nos dará, de quien se dice: He aquí el Señor, y su recompensa está en sus manos, para dar a cada uno según sus obras (Mat. 16, 27). Y otro del Apóstol: Si la obra de alguno permanece, que edificó sobre ella, recibirá recompensa (1 Cor. 3, 13), este reúne recompensas que serán conservadas y permanecerán, y siempre añadiendo

virtudes a las virtudes, acumula riquezas en una bolsa no rota. Pero quien después de las buenas obras peca no una vez ni dos, sino frecuentemente, y oscurece y ensucia la caridad pasada con vicios posteriores, este reúne dinero en una bolsa rota. Todo esto les sucedió a aquellos que dijeron: Aún no ha llegado el tiempo de construir la casa del Señor, y mientras ellos mismos habitaban en los valles, permitían que la casa del Señor estuviera desierta.

(Vers. 17, 18.) Así dice el Señor de los ejércitos: Pongan sus corazones sobre sus caminos, suban al monte, traigan madera, y construyan la casa: y me será aceptable, y seré glorificado, dice el Señor. LXX: Así dice el Señor omnipotente: Pongan sus corazones en sus caminos, suban al monte, y corten madera (el resto es similar). Nuevamente les ordeno yo, el Señor, quien ya antes había mandado, que pongan sus corazones sobre sus caminos, y consideren todo lo que hacen, y dejando el cuidado de sus humildes casas, suban al monte, donde no hay maderas que se quemem, sino que sirvan para las obras de mi casa: y para que hagan esto con más atención, sepan que me agrada lo que hacen. Los hebreos dicen que solo se necesitaba madera para el techado, estando en pie los muros del templo después del incendio. Esto dicen ellos. Pero a nosotros se nos ordena no poner nuestros corazones fuera de nuestros caminos; sino que los que antes habíamos puesto, los pongamos nuevamente en nuestros caminos, y después de haber hecho esto, subamos de las casas cóncavas al monte, para que cuando lleguemos a la altura del monte, en el que están las maderas necesarias para la edificación del templo de Dios, de todo el monte de la Escritura sagrada, en el que están plantados diversos árboles de virtudes y del paraíso, los cortemos, y edifiquemos el templo del Señor con buenas obras y dogmas de verdad: que cuando haya sido construido, agrade al Señor, y sea glorificado en él. Por lo tanto, porque estos mandamientos nos han sido dados para que pongamos nuestros corazones en nuestros caminos, subamos al monte racional, y para cada problema, buscando maderas adecuadas de los testimonios de las Escrituras, las cortemos, y edifiquemos la casa de la sabiduría en nosotros: porque después de que esta haya sido construida, el fin de su edificación será que el Señor sea glorificado en nosotros.

(Vers. 9.) Han mirado a más, y he aquí que se ha hecho menos: y han traído a la casa, y lo he soplado: LXX: Han mirado a mucho, y se ha hecho poco: y han traído a la casa, y lo he soplado. Para que, dejando de lado la demora, y toda ambigüedad, construyan mi casa con más diligencia, les digo también otra cosa que les ha sucedido, que han pospuesto construir mi casa, no como antes: Han sembrado mucho, y porque la tierra no devolvió la siembra, han traído poco; sino que cuando ya las cosechas estaban maduras, y el tiempo de la siega se acercaba, y pensaban tener los granos en sus manos, segaron tallos vacíos, y recogieron pajas vacías sin frutos de espigas. Las eras estaban llenas: esperanza en los ojos, luto en las manos. Pero esto mismo que apenas había sido elegido de la mucha cosecha y de los infinitos montones, lo han traído a la casa, y por mi poder ha sido dispersado. Porque lo he soplado, y lo he reducido a nada; porque el grano muerto y las vainas vacías, que son útiles para el alimento, no tenían harina ni sémola. Pero esto que dijo: han traído a la casa, y lo he soplado, también puede entenderse de las ofrendas que ofrecían en el altar, y Dios las ha soplado. Pero porque dijo, han traído a la casa, si entendemos que lo que se ha traído son ofrendas, ciertamente decimos que fueron ofrecidas en el templo. Y no nos convendrá, porque en ese tiempo la casa de Dios aún no había sido construida: lo cual hasta hoy sucede a muchos, que habitan en edificios humildes, y en cuanto depende de ellos, desprecian la casa desolada de Dios, y aunque pueden construirla, la desprecian: y como si ya vieran las cosechas maduras, se prometen a sí mismos los frutos de sus obras, y con la esperanza engañosa, por grandes apenas encuentran pequeñas. Pero incluso estas pequeñas cosas, que han almacenado en la casa y el granero de la mente, son sopladas por la palabra de Dios, como indignas de su custodia y protección. Cuántas veces he visto yo tanto en la doctrina como en la conducta de

algunos esperarse mucho: y después de que ha llegado el momento de las cosechas, es decir, el tiempo de enseñar, y de ofrecer su vida como ejemplo para los pueblos, ser precipitados desde lo alto, y encontrarse menos en ellos de lo que la opinión de todos prometía. Por lo tanto, sucede que poco a poco, al infiltrarse la negligencia, también pierden lo poco que parecían tener. Pero esto lo han sufrido porque estaban seguros en sus antiguas casas, y no subieron al monte de las Escrituras, cortando maderas para la edificación del Señor, ni construyeron en sí mismos diariamente la casa del Señor; sino que despreciando su desolación, también perdieron lo que creían tener. Porque de los males mencionados anteriormente, esta es la causa que se da.

(Vers. 10.) Por lo cual, dice el Señor de los ejércitos, porque mi casa está desierta, y ustedes se apresuran cada uno a su casa, por esto sobre ustedes han sido prohibidos los cielos para que no den rocío, y la tierra ha retenido su germen. No solo, dice, los cielos no han dado lluvia, con la cual la tierra regada produce frutos; sino que ni siquiera el rocío matutino y nocturno, para que los campos secos al menos se templen con un poco de humedad. La tierra también ha devorado, y no devolverá a los agricultores la siembra, y lo que suele producir espontáneamente, lo ha retenido con avaricia. Yo creo que este es el rocío, del cual en la bendición se dice a Jacob: Que Dios te dé del rocío del cielo (Gén. 27, 28), y el rocío de Hermón que desciende sobre el monte Sion (Sal. 132), y desciende, no del aire en el que vuela el múltiple número de águilas y halcones y buitres; sino del cielo, para que si alguna alma arde con perturbaciones, y ha sido herida por el dardo del diablo, se refresque con este rocío, y modere sus ardores. Al retenerlo, la tierra tampoco produce su germen. Porque sin el rocío de Cristo, ninguna alma puede producir frutos.

(Vers. 11.) Y he llamado a la sequía sobre la tierra, y sobre los montes, y sobre el trigo, y sobre el vino, y sobre el aceite, y sobre todo lo que produce la tierra, y sobre los hombres, y sobre los animales, y sobre todo el trabajo de las manos. Por sequía, los Setenta tradujeron *μαχαίραν*, es decir, espada: pero también en hebreo encontré escrito con tres letras (), HETH, RES, BETH, que si leemos HAREB, significa espada: si OREB, *καύσωμα* (Al. *καῦμα*), que hemos traducido como sequía, aunque mejor podría traducirse como viento ardiente. Y realmente, puesto que el discurso es sobre la tierra, y sobre la esterilidad de los campos, me parece que en el presente lugar debe entenderse más bien viento ardiente que espada: aunque toda plaga que se inflige a los hombres por sus pecados, también puede entenderse como espada. Ha sido llamada o inducida la sequía, o espada sobre la tierra, y sobre los montes, para que no produzcan trigo, y vino y aceite, y todo lo que la tierra genera espontáneamente. Precediendo el hambre, consecuentemente sobre los hombres, y sobre los animales viene la muerte. Y la misma espada o viento ardiente, consume todo lo que las manos de los hombres han trabajado. Por lo tanto, se llama o se induce la palabra viva de Dios, eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos (Heb. 4), para que el alma negligente (que se interpreta como tierra árida, y desea más habitar en lo cóncavo, que construir la casa de Dios) sea herida por su filo, y disperse todo lo que cree tener de frutos. También se inflige la espada sobre los montes que se elevan contra el conocimiento de Dios, y sobre el trigo, y el vino, y el aceite, con los cuales como alimentos y bebida y refrigerio, los conciliábulos de los herejes engañan a los pueblos: Alguien podría decir adecuadamente que su pan es pan de luto, y que el furor de los dragones es su vino, y el furor de las áspides es incurable: También el aceite, la promesa de las cosas celestiales, con el que como si ungeran a sus discípulos, y prometen recompensas de sus labores, que el profeta detesta, diciendo: Pero el aceite del pecador no unja mi cabeza (Sal. 140), Pero también otras cosas que sin autoridad y testimonios de las Escrituras como si fueran tradición apostólica, encuentran y fingen espontáneamente, son golpeadas por la espada de Dios; los hombres y los animales, o tomemos como *λογισμοὺς* y

αἰσθήσεις, es decir, pensamientos y sentidos de ellos. O ciertamente los racionales en ellos, y los irracionales, es decir, los doctos e indoctos igualmente, y todo el trabajo de las manos, y sus ayunos, y diversas observancias, y chameunias, es decir, dormir en el suelo. Quienes ayunan tres cuaresmas al año, y humillan su alma con ξηροφαγία, y especialmente creciendo de la raíz de Taciano, sobre tales labores escuchan: Tanto han sufrido en vano. Pero todas estas cosas que he dicho, pueden entenderse de los rectores de la Iglesia, que edificando la casa carnal, y proveyendo para sus hijos y posesiones, no se preocupan, ni de construir en sí mismos el templo de Dios, ni de restaurar la Iglesia del Señor, que está sin techo y derruida: cuya vida y discurso incongruente a menudo escandalizan a muchos, y los expulsan de la Iglesia, y llevan a la casa de Dios a la soledad. Y no decimos esto para acusar a todos en general, sino que en cada oficio y grado hay algunos que edifican, y otros que destruyen el templo de Dios, y por su culpa ni los cielos dan rocío, ni la tierra produce germen, se seca la tierra, los montes se secan, el trigo, y el aceite, y todo lo que la tierra produce, los mismos hombres y animales, y todo el trabajo de las manos, al ser cortado por la espada, y la sequía, o el viento ardiente, perecen.

(Vers. 13.) Y Zorobabel hijo de Salatiel, y Jesús hijo de Josadac, el sumo sacerdote, y todo el resto del pueblo escucharon la voz de Dios (Vulg. añade del Señor) su Dios, y las palabras del profeta Ageo, como el Señor su Dios lo envió a ellos, y el pueblo temió ante la presencia del Señor. Presta atención diligentemente, por las dos inteligencias del Salvador en Zorobabel el líder y Jesús el sacerdote (pues él es tanto rey como sacerdote), que no dijo, Zorobabel y Jesús temieron, sino que, al escuchar Zorobabel y Jesús y el pueblo las palabras del profeta Ageo, que son las palabras del Señor, solo el pueblo temió ante la presencia del Señor, es decir, solo la multitud, que aún no había llegado a ser un hombre perfecto, ni mereció ser lo que el espíritu. Pero el pueblo temió ante la presencia del Señor, sabiendo que la presencia del Señor está sobre los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria (Sal. 33).

(Vers. 13.) Y dijo Ageo, mensajero del Señor, de los mensajeros del Señor, al pueblo diciendo: Yo estoy con vosotros, dice el Señor. Algunos piensan que tanto Juan el Bautista como Malaquías, que se interpreta como Ángel del Señor, y Ageo, a quien ahora tenemos en nuestras manos, fueron ángeles, y que por disposición y mandato de Dios asumieron cuerpos humanos y convivieron entre los hombres. No es de extrañar que se crea esto de los ángeles, ya que por nuestra salvación incluso el Hijo de Dios asumió un cuerpo humano: y por esta razón también dan testimonio de los apócrifos, donde se dice que Jacob, quien después fue llamado Israel, fue un ángel, y por eso suplantó a su hermano en el vientre de su madre (Gén. XXV y XXXII). También que Juan, a la voz de María, madre del Señor, saltó de gozo en el vientre de Isabel (Lucas I): y que todos los seres racionales tienen una sola naturaleza: y por esta razón, los hombres que agradaron a Dios se hacen iguales a los ángeles. Esto es lo que ellos piensan. Sin embargo, nosotros aceptamos que el mensajero del Señor, es decir, el ángel, que en hebreo se dice MALACH (), simplemente se llama profeta porque anunció al pueblo la voluntad del Señor, o porque en muchos lugares nuestro Señor y Salvador es llamado ángel de Dios, como allí; Ángel del gran consejo (Isaías IX, 6), decimos que en Ageo se anticipó el tipo del Salvador. Además, lo que dice, mensajero del Señor, de los mensajeros del Señor, es como si dijera, profeta de los profetas. Lo que dice, mensajero del Señor al pueblo diciendo: Yo estoy con vosotros, dice el Señor, no habla a Zorobabel y a Jesús, con quienes y en quienes siempre estaba el Señor (pues ya hemos dicho que se toman según diversas inteligencias en la persona del Salvador), sino al pueblo que temía ante el rostro del Señor. Porque era un pueblo que aún no había llegado al amor de Dios, que expulsa el temor. Por lo tanto, el pueblo recibe como recompensa por el temor de Dios, que el Señor esté con ellos, y el sentido es: Yo seré vuestro ayudador, edificad mi casa, que en vosotros

está destruida: con mi presencia en medio de vosotros, nadie podrá impedir vuestra edificación.

(Vers. 14.) Y despertó el Señor el espíritu de Zorobabel, hijo de Salatiel, príncipe de Judá, y el espíritu de Jesús hijo de Josadac, sumo sacerdote, y el espíritu de los restantes de todo el pueblo: y entraron y trabajaban en la obra en la casa del Señor de los ejércitos, su Dios: en el día veinticuatro del mes, en el sexto mes, en el segundo año del rey Darío. En lugar de príncipe de Judá, los Setenta tradujeron, de la tribu de Judá, y en lugar de obra, obras: lo demás de manera similar. Donde nosotros ponemos, Señor de los ejércitos, ellos interpretan de manera diversa como Señor omnipotente, o Señor sabaoth, o Señor de las virtudes. Por lo tanto, se despierta el espíritu de Zorobabel y el espíritu de Jesús, por ahora según la letra, para que el reino y el sacerdocio edifiquen el templo de Dios. También se despierta el espíritu del pueblo, que antes dormía en ellos, no el cuerpo, no el alma; sino, como dijimos, el espíritu, que sabe mejor edificar el templo de Dios. Y entraron, pues estaban fuera, hacían obras, que eran dignas de los recintos de la casa del Señor: en el mismo año del rey Darío que el anterior, en el mes que también se puso al principio; pero no en el mismo día. Allí se pone un día del mes: aquí el vigésimo cuarto, para que entre el primer día, en que el Señor habla por Ageo, y el vigésimo cuarto, en que entraron y trabajaban en la obra en la casa del Señor, hayan pasado veintidós días, tantos como letras hay entre los hebreos. Pues era necesario que fueran enseñados sobre cuáles eran los elementos de los principios de los discursos de Dios, que les impedían decir, Aún no ha llegado el tiempo de edificar la casa del Señor, y habitar en casas huecas, y como dije antes, sumergirse en lo bajo. Fueron provocados a poner sus corazones sobre sus caminos, y recordaran cuánto habían sufrido por la negligencia. Y para que subieran al monte, cortaran madera, y edificaran la casa del Señor, y no sufrieran lo que antes habían padecido. Finalmente, en estos veintidós días, el pueblo temió ante el rostro del Señor, y entraron en el día veinticuatro del mes, en el sexto mes del segundo año del rey Darío, y trabajaban en la obra en la casa del Señor de los ejércitos, su Dios. Se nos ordena, además, que para que pueda edificarse la casa espiritual en un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios, nos presentemos de tal manera, que se despierte en nosotros el Espíritu Santo, y entremos en la casa del Señor, y hagamos las obras del Señor. Pues ya Zorobabel del linaje de David, y Jesús sacerdote eternamente ha sido resucitado por el Padre en poder, según el espíritu de santificación de la resurrección de los muertos, para que él presida la obra; nosotros, sin embargo, hagamos, con su ayuda y disposición. Sin embargo, no podemos hacer las obras de Dios antes, a menos que temamos ante el rostro del Señor, y creamos, y entremos en el templo de Dios, y llevemos a cabo lo que es digno de la casa de Dios. Pero como aún estamos en el mundo, y el tiempo de nuestra edificación se desarrolla bajo el rey Darío, en el que se sirve a la generación, a los matrimonios y a la carne: por eso en el sexto número en que fue hecho el mundo, y en el segundo año que divide la unión (pues la materia en la que consiste la reparación del mundo y de la descendencia, ama el número doble), entramos en la casa del Señor, y con ambos pueblos congregados, edificamos el templo de Dios. Pues de dos números doce, se compone la suma del número veinticuatro: porque tanto de la circuncisión como de los gentiles, la Iglesia de Cristo, la primera que fue destruida, fue edificada. Pero también podemos decir esto, que el octavo número que es santo, y se toma en el tipo de la verdadera circuncisión, triplicado hace el número veinticuatro, figurativamente se nos enseña, para que edifiquemos la casa del Señor en la amputación de la carne, y en la circuncisión de los vicios, y creamos que la verdadera pureza está en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Además, otro ha calculado seis veces el número cuatro, y refiere los cuatro a los elementos del mundo, de los cuales subsistimos; y los seis a la condición del mundo, en el que esos mismos elementos se mueven. Y dice: porque aún estamos en la materia, y estamos rodeados de un cuerpo pesado,

y servimos a las generaciones, ciertamente edificamos el templo, y entramos en la casa de Dios, y como si despertáramos de un sueño profundo, se despierta nuestro espíritu; pero aún en el día veinticuatro hacemos lo mismo.

(Cap. II.---Vers. 1 seqq.) En el séptimo mes, el día veintiuno del mes, vino la palabra del Señor por medio del profeta Ageo diciendo: Habla a Zorobabel, hijo de Salatiel, príncipe de Judá, y a Jesús hijo de Josadac, sumo sacerdote, y al resto del pueblo, diciendo: ¿Quién de vosotros ha quedado, que vio esta casa en su primera gloria? ¿cómo la veis ahora? ¿acaso no es como si no fuera en vuestros ojos? Y ahora, esfuérate, Zorobabel, dice el Señor, y esfuérate, Jesús hijo de Josadac, sumo sacerdote, y esfuérate, todo el pueblo de la tierra, dice el Señor de los ejércitos, y haced: porque yo estoy con vosotros, dice el Señor de los ejércitos. La palabra que pacté con vosotros cuando salisteis de la tierra de Egipto, y mi espíritu estará en medio de vosotros, no temáis. Porque así dice el Señor de los ejércitos, aún un poco más, y yo conmoveré el cielo y la tierra, y el mar y la tierra seca, y moveré a todas las naciones. Y vendrá el deseado de todas las naciones, y llenaré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice el Señor de los ejércitos. Grande será la gloria de esta última casa, más que la primera, dice el Señor de los ejércitos. Y en este lugar daré paz, dice el Señor de los ejércitos. En el mismo año, pero en el séptimo mes, en el que las solemnidades de Dios son el primer y vigésimo día del mes, es decir, completadas tres semanas, y perfecta en el misterio de la Trinidad el descanso, por tercera vez vino la palabra del Señor por medio del profeta Ageo, quien trabajaba continuamente, para que siempre en él la palabra de Dios tuviera acceso. Pues olvidando lo pasado, y extendiéndose hacia el futuro (Filip. III), así trabajaba diariamente, como si no tuviera nada de las obras precedentes. Se le dice, por tanto: Habla a Zorobabel, y a Jesús, y al resto del pueblo, que vieron la antigua casa de Dios, y ahora están presentes en su restauración, ¿acaso en comparación con la anterior, no es esta que se ve como si de algún modo no existiera? Pero no desesperéis, ni dejéis caer las manos cansadas, sino tú, Zorobabel, y tú, Jesús, y todo el pueblo, esforzaos, y haced la obra en mi casa: Porque yo estoy con vosotros, y mi palabra que pacté con vosotros, cuando salisteis de la tierra de Egipto. Y mi espíritu no se apartará de vosotros: no temáis, yo soy quien ordena, el Señor omnipotente, cuyo decir es hacer. Cuando di el primer testamento, y fui visto en el monte Sinaí, conmoví el cielo y la tierra, y el mar Rojo, y el desierto, para poner con vosotros el Testamento; ahora, sin embargo, os prometo que aún una vez conmoveré el cielo y la tierra, y el mar y la tierra seca, para que, al ser conmovidos, se muevan todas las naciones, y venga según los LXX lo que es elegido del Señor de todas las naciones; según el hebreo, vendrá el deseado de todas las naciones nuestro Señor y Salvador. Entonces llenaré esta casa de gloria mayor que la anterior, y siempre os añadiré, dice el Señor omnipotente. Y no sea que penséis que el patrocinador es débil: mía es la plata, y mío es el oro, y mías son todas las riquezas. Yo daré oro y plata para el ornamento del templo, para que la gloria de esta casa sea mayor que la de la anterior. Y porque parece difícil lo que prometo, y la infidelidad humana siempre duda ante las promesas mayores, por eso vuelvo a decir que quien promete, soy el Señor omnipotente. Además, porque sé que para la edificación de la casa ilustre, y que es sobrenatural la casa anterior, nada hace tanto como la paz, por eso también prometo esto. Daré en este lugar paz, dice el Señor de los ejércitos: para que la paz que supera todo entendimiento, guarde mi casa, y mi lugar esté en paz. Estas líneas de exposición las he trazado de manera parafrástica, para que de ellas, incluso sin que nosotros hablemos, el lector prudente ascienda a una comprensión más sublime. Por lo tanto, la palabra de Dios se dirige a aquellos que han comenzado a trabajar en la casa del Señor omnipotente, ya en el descanso, es decir, en el séptimo mes, y en el sacramento plenísimo de la Trinidad, el día veintiuno del mes, y a Ageo celebrando las fiestas de Dios, quien nuevamente había preparado su mano para la palabra del Señor, y le dice: Habla a Zorobabel

de la tribu de Judá, y a Jesús sumo sacerdote, quien por nosotros se dignó hacerse hombre y Sacerdote, y a las reliquias del pueblo: pues en comparación con todo el mundo, fue pequeña la parte de los creyentes al principio. Por lo tanto, escuchemos lo que dijo. Hubo una vez en Israel una casa de Dios que ahora está tan desierta, que ni siquiera se cree que haya existido; desde entonces, la que fue amada, se ha hecho no amada, y el que no era pueblo de Dios, ha comenzado a ser pueblo de Dios. Y esa casa que una vez fue gloriosa: ahora en la vista de Zorobabel y Jesús y las reliquias del pueblo es como si no existiera. Esto, sin embargo, no solo debemos entenderlo de los edificios del templo que vemos derrumbarse, sino de todas las cosas que los judíos una vez tuvieron como gloriosas. Sin embargo, porque la casa anterior se ha hecho como si no existiera, se provoca a Zorobabel el príncipe, y a Jesús el sacerdote, para que se fortalezca el reino de Cristo, y el sacerdocio, y su pueblo que una vez fue pueblo de la tierra, haga obras en la casa del Señor, y sepa que Dios está presente con ellos: también haga la palabra, que el Señor pactó con ellos cuando salían de la tierra de Egipto. Y ojalá también nosotros salgamos de Egipto, para que cumplamos la palabra del testamento que recibimos. También el Señor Dios promete a aquellos que hacen obras en su casa, y cumplen la palabra que recibieron, su espíritu, diciendo: Y mi espíritu estará en medio de vosotros. Ved el sacramento de la Trinidad: Yo estoy con vosotros, y mi espíritu, y la Palabra, en la que puse el testamento cuando salíais de Egipto. Pero lo que dice en medio de vosotros, debe entenderse según lo que está escrito en el Evangelio: En medio de vosotros está, a quien no conocéis, que vendrá después de mí (Juan I, 26). Estas cosas, por lo tanto, dice el Señor de los ejércitos a vosotros que veis la casa anterior así como si no existiera. Moví el cielo, cuando se oyó mi voz desde el cielo. Moví la tierra, cuando entregué el Testamento al pueblo anterior; y en mi venida, se veían oscuridad, tormenta, tinieblas. Moví el mar Rojo, cuando di paso al pueblo que cruzaba. Moví la tierra seca, ya sea Egipto por las plagas vacía de culto a Dios, o el desierto por el que conduje al pueblo durante cuarenta años. Estas cosas aún una vez moveré. Lo cual vemos cumplido en la venida del Señor Salvador. Pues en el tiempo de su pasión, huyendo el sol, el cielo fue movido y se hicieron tinieblas sobre toda la tierra desde la hora sexta hasta la hora novena (Mateo XXVII, y Lucas XXIII). La tierra fue movida, y las rocas se partieron, y las sepulturas se abrieron; el mar fue movido con el dragón que en él estaba muerto; y la tierra seca, la desolada soledad de las naciones, fue movida. En este temblor del universo, también fueron movidas todas las naciones; porque a toda la tierra salió el sonido de los apóstoles del Señor, y sus palabras penetraron hasta los confines de la tierra (Salmo XVIII). Por eso, todas las naciones fueron movidas, para que de su movimiento viniera la multitud elegida de las naciones, y lo que sea que haya de notable en cualquier lugar. Por ejemplo, lo elegido de Corinto, porque había mucho pueblo de Dios en ella. Elegido de Macedonia, porque la gran Iglesia de Dios congregada en Tesalónica, no tenía necesidad de ser enseñada sobre la caridad (I Tes. 14). Elegido de Éfeso, para que conocieran los secretos de Dios y los sacramentos nunca antes revelados. ¿Qué más? Todas las naciones fueron movidas, a las que el Salvador envió a sus apóstoles, diciendo: Id, enseñad a todas las naciones (Mateo XXVIII, 29), y de muchos llamados pocos elegidos, construyeron la Iglesia de los primogénitos. Por eso también el apóstol Pedro: Os saluda, dice, la que está en Babilonia elegida, y Marcos mi hijo (I Pedro V, 15), y Juan: El anciano, dice, a la señora elegida; y luego menciona a los hijos de la elegida. Por lo tanto, conmovidas las naciones, que también podemos entender como fuerzas contrarias, incapaces de soportar el esplendor del Señor, vinieron los elegidos de todas las naciones, y se llenó de gloria la casa del Señor, que es la Iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad. Esto según los LXX. Sin embargo, en hebreo se tiene mejor y más significativamente como pusimos antes: Y moveré a todas las naciones, y vendrá el deseado de todas las naciones. Pues verdaderamente después de que él vino, se llenó de gloria la casa del Señor. Y cuanto el Señor dista del siervo, tanto mejor es la casa del Señor, a la que preside el Señor, de la casa

anterior a la que presidió el siervo. Pero lo que dice: Mía es la plata, y mío es el oro, dice el Señor de los ejércitos, no creo que nadie piense que habla del dinero y el oro, que son poseídos por los ricos y los reyes. Pues de este modo, no solo la plata y el oro son de Dios como Creador; sino también los demás metales, cobre, estaño, plomo, y lo que doma todo, el hierro. Pero yo creo que la plata, con la que se adorna la casa de Dios, son las palabras de las Escrituras, de las que se dice: Las palabras del Señor son palabras puras; plata refinada en el fuego, probada en la tierra purificada siete veces (Salmo XI, 7); y el oro que en el secreto de los santos, y en el arcano del corazón, se mueve y brilla con la verdadera luz de Dios, que también el Apóstol de los santos, que edifican sobre el fundamento de Cristo, claramente entendió, oro, plata, piedras preciosas (I Cor. III); para que en el oro esté el sentido oculto, en la plata el discurso decente, en la piedra preciosa, las obras agradables a Dios. Con estos metales se hace más ilustre la Iglesia del Salvador, que la sinagoga alguna vez fue; con estas piedras vivas se edifica la casa de Cristo, y se le otorga paz eterna. Además, lo que sigue en los Setenta: Y la paz del alma en la adquisición de todo lo que se crea, para que se levante este templo, como superfluo y apenas coherente, ya que no se encuentra ni en los hebreos, ni en ningún otro intérprete, lo hemos omitido.

(Vers. 11 seqq.). En el vigésimo cuarto día del noveno mes, en el segundo año de Darío [Vulg. añade Rey], la palabra del Señor vino a Ageo el profeta, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos; pregunta a los sacerdotes sobre la ley, diciendo: Si un hombre lleva carne santificada en el borde de su vestimenta, y toca con el borde de ella pan, o guiso, o vino, o aceite, o cualquier alimento, ¿se santificará? Y respondiendo los sacerdotes, dijeron: No. Y dijo Ageo: Si un impuro en alma toca cualquiera de estas cosas, ¿se contaminará? Y respondieron los sacerdotes, y dijeron: se contaminará. Y respondió Ageo, y dijo: Así este pueblo, y así esta nación ante mi rostro, dice el Señor; y así toda obra de sus manos, y todo lo que ofrecieron allí, será contaminado.

LXX: El vigésimo cuarto día del noveno mes, en el segundo año bajo Darío, la palabra del Señor vino a Ageo el profeta, diciendo: Así dice el Señor todopoderoso; pregunta a los sacerdotes sobre la ley, diciendo: Si un hombre toma carne santa en el borde de su vestimenta, y el borde de su vestimenta toca pan, o guiso, o vino, o aceite, o cualquier alimento, ¿se santificará? Y respondieron los sacerdotes, y dijeron: No. Y dijo Ageo: Si un impuro en alma toca cualquiera de estas cosas, ¿se contaminará? Y respondieron los sacerdotes, y dijeron: se contaminará. Y respondió Ageo, y dijo: Así este pueblo, y así esta nación ante mí, dice el Señor, y así todas las obras de sus manos. Y cualquiera que se acerque allí, se contaminará, por sus ofrendas matutinas, se dolerán ante la maldad de sus obras, y en las puertas serán reprendidos. Por eso también hemos puesto la edición de los Setenta intérpretes, porque en algunas palabras parecían diferir. Y esto que se dice: Por sus ofrendas matutinas, se dolerán ante la maldad de sus obras, y en las puertas serán reprendidos, no se encuentra ni en el hebreo ni en otros intérpretes.

Es de notar que en este lugar: En el vigésimo cuarto día del noveno mes del segundo año, no se dice como antes por tercera vez: La palabra del Señor fue hecha en la mano de Ageo el profeta; sino a Ageo el profeta. Porque allí (ya que aún tenía progreso, y sus obras eran solo puras, pero su corazón aún no había recibido plena sabiduría; o porque aún habitaba entre aquellos que decían: Aún no ha llegado el tiempo de edificar la casa del Señor) la palabra del Señor fue hecha solo en sus obras. Pero aquí, ya que los cimientos del templo han sido puestos, y el pueblo ha entrado con los príncipes en la casa de Dios, y hace una obra congruente con el templo de Dios, y ha escuchado el misterio: Moveré a todas las naciones, y

vendrá el deseado de todas las naciones, y está lleno de profecía; por eso toda la palabra del Señor es hecha a Ageo.

Ya hemos hablado del vigésimo cuarto día y del segundo año: El número del noveno mes que aquí se añade, nunca se lee en buen sentido. El pueblo inmola la Pascua, y celebra otras festividades; toda su solemnidad termina en el octavo día, y no llega al noveno. Los que preparan el cordero pascual, después del noveno día, comienzan a prepararlo. También el día de la expiación y propiciación del séptimo mes, se celebra después del noveno día. Y en Jeremías (Cap. XIX y LII), como puede ser evidente para los lectores, Jerusalén es atacada en el noveno año por los babilonios. Por lo tanto, ya que la profecía sobre la impureza del pueblo era futura; por eso en el segundo año de Darío se une el noveno mes.

De nuevo, ya que se da lugar al arrepentimiento después de la corrección de la impureza, el vigésimo cuarto día la palabra de Dios es hecha a Ageo el profeta, para que como si fuera de la persona del Señor, se interrogue a los sacerdotes sobre una cuestión que viene de la ley, y se le dice: Pregunta a los sacerdotes sobre la ley, diciendo. Y considera que es oficio de los sacerdotes responder sobre la ley al que pregunta. Si es sacerdote, que conozca la ley del Señor: si ignora la ley, él mismo se acusa de no ser sacerdote del Señor. Porque es propio del sacerdote conocer la ley, y responder a la pregunta sobre la ley.

Esto también lo leemos en el Deuteronomio (Cap. 17), que si en alguna ciudad de Israel surge una cuestión entre sangre y sangre, entre juicio y juicio, entre lepra y lepra, contradicción y contradicción, vayan a los sacerdotes y levitas, y al sumo sacerdote que esté constituido en esos días, y pregunten a él la ley del Señor; a quienes respondiendo, hagan lo que se les ordena. Y si no lo hacen, sean exterminados de su pueblo. Y para que no parezca que estos preceptos solo se ven en el Antiguo Testamento; también el Apóstol habla a Timoteo, que el obispo no solo debe ser irreprochable, y marido de una sola mujer, y sabio, y pudoroso, y adornado, y hospitalario, sino también maestro (I Tim. III). Y para que no parezca que lo dijo por casualidad, también a Tito sobre la ordenación de presbíteros (a quienes también quiere que se entiendan como obispos), se guarda la misma cautela (Tit. I, 5 seqq.). Por esto te dejé en Creta, para que corrigieras lo que quedaba y ordenaras presbíteros en cada ciudad, como te mandé: Si alguno es irreprochable, marido de una sola mujer, teniendo hijos fieles, no en acusación de lujuria o insubordinados. Porque es necesario que el obispo sea irreprochable como administrador de Dios, no arrogante, no iracundo, no violento, no dado al vino, no codicioso de ganancias deshonestas; sino hospitalario, amante del bien, justo, santo, dueño de sí mismo, teniendo en la doctrina la palabra fiel; para que pueda exhortar con la sana doctrina, y convencer a los que contradicen. Porque hay muchos insubordinados, habladores vanos y engañadores, especialmente los de la circuncisión, a quienes es necesario tapar la boca.

He puesto esto extensamente, para que tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, sepamos que es oficio de los sacerdotes conocer la ley de Dios, y responder a lo que se les pregunte. Ni la simplicidad y la continencia de alimentos en el maestro es suficiente: a menos que lo que él mismo hace, pueda también enseñar a otros. Ciertamente porque creo que responderán: esto es de aquellos que se preparan desde la juventud para enseñar, pero frecuentemente por el juicio del Señor, y el sufragio de los pueblos, se eligen simples para el sacerdocio: al menos tengan esto, que después de ser ordenados sacerdotes, aprendan la ley de Dios, para que puedan enseñar lo que han aprendido, y aumenten el conocimiento más que las riquezas, y no se avergüencen de aprender de los laicos, que conocen lo que pertenece al oficio de los sacerdotes: y más bien consuman noches y días en el estudio de las Escrituras, que en cálculos y cuentas.

¿Qué es lo que Ageo pregunta a los sacerdotes de parte del Señor? Si un hombre lleva carne santificada en el borde, o en la cima de su vestimenta, y toca con la cima de ella pan, o guiso, o vino, o aceite, o cualquier alimento, ¿se santificará? Antes de tratar la cuestión, debemos saber según la letra, qué es carne santificada, y qué es impuro en alma. La víctima que se inmolvaba en el altar, sus carnes eran santas, y entre esas carnes santificadas había mucha diversidad. Unas las comían los sacerdotes en los adytos del templo: otras sus parientes en casa: otras aquellos que de los sacerdotes parecían estar manchados: otras los israelitas que no tenían ninguna impureza. La razón completa de esta diversidad se dice en Levítico. Pero se decía impuro en alma, al que había tocado el cuerpo de un hombre muerto. En lo cual se debe notar, que mientras el alma está en el cuerpo, el cuerpo humano no es impuro: pero en cuanto el espíritu que vivifica los miembros se retira, lo que es terrenal se vuelve impuro, como se escribe en el mismo Levítico: Y el Señor dijo a Moisés, diciendo: Di a los sacerdotes hijos de Aarón, y diles: No se contaminarán en las almas de su pueblo; sino en los parientes que se acercan a ellos, sobre la madre, y sobre el padre, y sobre los hijos e hijas, y sobre el hermano y la hermana virgen que se acerca a él, y no está dada a marido: sobre estos no se contaminará, y no se contaminará repentinamente en su pueblo para su contaminación (Lev. XXI, 1, 2).

Considera que se ordena a estos sacerdotes no entrar a cualquier muerto, sino a esos parientes y cercanos, de los cuales se ha dicho antes. Pero el gran sacerdote, es decir, el sumo sacerdote, tenía algo más que los otros sacerdotes: y ni la piedad ni el afecto podían moverlo a hacerse impuro en los nombres mencionados. Porque la Escritura dice: Y sobre toda alma que ha muerto no entrará: sobre su padre, ni sobre su madre, y no se contaminará.

Sabiendo entonces qué es carne santificada, y qué es impuro en alma, veamos qué pregunta el profeta. Si cualquier hombre, aquí no se dice del Sumo Sacerdote, ni del sacerdote, ni del levita; sino cualquier hombre: donde no se pone persona, a todos se les permite tocar carne. Si lleva, dice, carne santificada, y la ata en el borde de su vestimenta, y ese borde de la vestimenta toca pan, o cualquier otro guiso, o vino, o aceite, o cualquier cosa fuera de esto que el hombre pueda comer, ¿se santificará el pan, o el vino, o el aceite, o todo alimento, por el toque de la vestimenta en la que la carne santa está atada? Y respondiendo los sacerdotes dijeron: No puede, es decir, nada de lo que preguntas se santificará; sino que cada cosa permanecerá como era.

De nuevo se propone otra cuestión a los sacerdotes: que han respondido bien a la anterior, y como si fuera una similitud del problema se adapta, en la que el inexperto fácilmente podría caer. Da por ejemplo que alguien no sepa la ley, y así como respondió que la carne santificada no puede santificar el pan, o el guiso, o el vino, o el aceite, o todo alimento, y en esto igualmente responderá, y dirá: El impuro en alma no puede contaminar lo que la carne santa no pudo santificar.

Por lo tanto, pregunta y dice: Si el que es impuro en alma, es decir, que por el contacto de un muerto se ha hecho impuro, toca cualquiera de estas cosas, pan, o guiso, o vino, o aceite, o los demás alimentos; ¿se contaminarán estas cosas por su contacto? Y respondieron los sacerdotes, cuyo príncipe era Jesús hijo de Josadac, por lo que conocían la ley, y dijeron que por su contacto, el que es impuro, todo lo que toque será contaminado.

Y respondió Ageo y dijo, callando sobre lo anterior, que la carne santificada no puede santificar los demás alimentos; y solo tejiendo su discurso sobre la segunda cuestión: Así este

pueblo, y así esta nación ante mi rostro, dice el Señor: El que es impuro en alma, y toca un cadáver, todo lo que toque, y lo que me ofrezca, será impuro.

Lo que dice según la letra, es de esta manera: Oh pueblo, que con el altar solo construido, y mi casa destruida, me ofreces sacrificios en el altar, y piensas que te santificas con sus víctimas y carnes: sabe que no te santificas tanto por los sacrificios que, con el templo destruido, no te podrán beneficiar: como que todas tus obras, y todo lo que haces, se contamina por el hecho de que te esfuerzas más en construir tu casa que la mía. Lo que se ofrece en el altar es santo; pero no te santificas tanto por los sacrificios, como por el hecho de que habitas en los valles, y entre las obras muertas, te contaminas.

Esto según la historia: aunque hemos trazado líneas de inteligencia espiritual en ella. Pero según la ἀναγωγή, el hombre eclesiástico que inmoló el cordero inmaculado y de un año, y se vistió de Cristo, si lleva de sus carnes, y las ata en el borde de su vestimenta, y ese borde toca el pan de las Escrituras, que confirma los corazones de los creyentes; o el guiso, las Epístolas apostólicas, que como carnes de la Ley antigua cortan y cuecen, y condimentadas se ofrecen para comer; o el vino que alegra el corazón del hombre; o el aceite, en el que se regocija el rostro del oyente; o todo alimento: leche, con la que se alimentan los corintios (I Cor. 2), y verduras con las que se alimentan los débiles (Rom. XIV, 3), y otras cosas similares: no se santifican inmediatamente como si fueran santificadas al ser dadas a quienes las coman. No se santifican por lo que se dice; sino por lo que se recibe, santifican a los oyentes: porque muchos son oyentes de la ley, y no hacedores.

Pero también creo que todas estas cosas que he dicho, no se santifican por el toque del borde de la vestimenta al ser llevadas a los que comen, porque solo se tocan con el borde del manto; y las carnes santificadas no conocen el humor, la sangre, las venas, y los nervios internamente. Así como el borde de la vestimenta del Señor, y un toque ligero no santifica, a menos que el que coma las carnes del cordero, y beba su sangre: así al contrario, el impuro en alma, las doctrinas perversas, lo que toquen, necesariamente lo hacen impuro. Tienen en sus sacramentos pan, y vino, y aceite, y todo alimento; pero sus sacramentos son como pan de luto, todos los que los toquen, se contaminarán.

También leen las Escrituras, y como si de los testimonios de las Escrituras espolvorearan pan, y toda la noche en el horno lo cuecen; pero cuando se da para comer, provoca a los que comen a la locura. Tienen guiso y cocción, intentando según el sentido de su perversidad tejer cosas místicas de las Escrituras, y como cocer, y condimentar las carnes del cordero, pero esa cocción es perdición. Tienen también vino, pero no de la viña de Sorec, y que plantó el Señor en Jeremías, elegida y toda verdadera (Jer. II); sino de la viña de los sodomitas. Tienen también aceite que violentamente exprimen de los testimonios de la Escritura antigua y nueva, y como en refrigerio prometen a las mentes engañadas y cansadas; pero el santo lo detesta, y dice: Pero el aceite del pecador no unja mi cabeza (Sal. CXL, 5). Tienen también diversos alimentos, múltiples es decir de varias ὑποθέσεων y diversos tratados, que porque son impuros los que los escribieron, y fueron proferidos con boca impura, todo el que los toque, se hará impuro, y será arrastrado a su error.

Por eso respondió Ageo, que conoce las diferencias de las solemnidades, y por eso ha obtenido el nombre de fiesta: Así este pueblo y así esta nación, de los judíos es decir, y de los gentiles, y de todos los herejes en mi presencia, dice el Señor: Todo lo que hagan, lo que me ofrezcan, ya sea votos por la salud, o pacíficos, o por el pecado, o por la culpa, o en holocausto, o limosnas, o ayunos, o continencia de alimentos, y castidad del cuerpo, serán contaminados en mi presencia. Aunque parezcan santos en su apariencia lo que se ofrece por

tales: sin embargo, porque han sido tocados por el que es impuro en alma, todo se contaminará.

(Vers. 17 seqq.) 765 Y ahora poned vuestros corazones desde este día en adelante: antes de que se pusiera piedra sobre piedra en el templo del Señor. Cuando os acercabais a un montón de veinte medidas, y se convertían en diez, y entrabais al lagar para extraer cincuenta jarras, y se convertían en veinte. Os herí con viento abrasador, y con moho, y con granizo todas las obras de vuestras manos, y no hubo entre vosotros quien se volviera a mí, dice el Señor. LXX: Y ahora poned sobre vuestros corazones desde este día en adelante, antes de que se pusiera piedra sobre piedra en el templo del Señor, cuando erais los que poníais en el cesto veinte medidas de cebada, y se convertían en diez medidas de cebada: y entrabais al lagar para sacar cincuenta ánforas, y se convertían en veinte. Os herí con esterilidad, y corrupción del aire, y granizo todas las obras de vuestras manos: y no os volvisteis a mí, dice el Señor. Aunque todo lo que me ofrecisteis en el altar, porque el templo no lo habíais edificado, estaba contaminado (pues sin la construcción del templo, toda ofrenda está contaminada); sin embargo, ahora te exhorto, oh pueblo, a que vuelvas con el pensamiento al pasado, y consideres lo que ha sucedido, es decir, desde este día veinticuatro del noveno mes del segundo año de Darío, abarca con la mente todo lo que ha pasado, y por qué has soportado tanto, para que cuando en adelante te sucedan cosas prósperas, sepas por qué causa sucedieron. Así que antes de que comenzaras a edificar el templo, y a poner piedra sobre piedra, cuando te acercabas al montón, y pensabas que tenías veinte medidas, ¿no podías apenas recoger la mitad? O según los LXX: Cuando ponías veinte medidas de cebada en el recipiente llamado cesto, y pensabas que aunque ponías cebada, alimento de bestias, o de esas mismas veinte medidas estar seguro, ¿no encontrabas después al volver al recipiente apenas diez medidas? También cuando os acercabais al lagar, y veíais las uvas, y vuestros ojos os prometían cincuenta ánforas: no digo la mitad, sino que apenas podíais extraer veinte ánforas. Y esto lo hice golpeándoos con viento abrasador, y corrupción del aire, y con los frutos muriendo, y las espigas vacías de grano, y los racimos de las viñas, para que por el peso de los males os provocara a mi conocimiento: 766 y ni así hubo quien se volviera a mí. El hebreo expone todo el contenido de este lugar desde lo que está escrito: Y ahora poned vuestros corazones desde este día en adelante, hasta el lugar donde dice: la viña y la higuera y el granado, y el árbol de olivo no floreció, desde este día bendeciré, así lo expuso [Al. expone]: Ciertamente ahora los cimientos del templo han sido echados; desde este día en que echasteis los cimientos (cuando en el pasado os castigué con esterilidad, y hambre, y granizo, sequía, y no hubo quien de vosotros se volviera a mí por estas plagas), poned vuestros corazones en el futuro y en adelante, y ved que todo os fluya con curso próspero. Esto sucederá porque habéis comenzado a edificar mi templo: y no confiando solo en el altar, despreciáis la edificación de mi casa. Según este sentido, brevemente podemos decir que es en vano que algunos ofrezcan dones a Dios, y piensen que Dios puede ser aplacado con limosnas y ofrendas, cuando ellos mismos no han edificado en sí el templo del Espíritu Santo. Pues entonces las limosnas y los dones que se ofrecen en el altar son útiles, cuando uno mismo se ha edificado como templo de Dios, y después de la edificación del templo ha ofrecido dones en el altar. Además, según la tropología, se nos dice a nosotros que ahora creemos en Jesucristo, si es que creemos y mostramos con obras de fe la verdad, que volvamos con la mente a aquel tiempo cuando éramos gentiles, sirviendo diariamente a los vicios, y no habíamos edificado en nosotros el templo de Dios. Así como el arquitecto y el albañil más experto une piedra con piedra, y adhiere la inferior a la superior con cal y yeso: así también el arquitecto (que el apóstol dice ser: Como sabio arquitecto puse el fundamento (I Cor. III, 10): y que el Señor amenaza con quitar de Jerusalén) sabe cómo unir obras con

obras, y poco a poco edificar el templo de Dios. El fundamento de este templo se pone en Jesús, sobre quien cada uno vea qué edifica: Uno edifica oro, plata, piedras preciosas; otro, madera, heno, paja. Y a los tres bienes se oponen tres males. Estos son los piedras de las que el Señor promete edificar Jerusalén: 767 He aquí que prepararé para ti tu piedra carbunclo, y tus cimientos de zafiro, y pondré tus almenas de jaspe [Al. jaspe], y tus puertas de piedra de cristal, y tu muro de piedras escogidas (Isai. LIV, 11, 12). Pues no se debe pensar según las fábulas judías y los absurdos inventos, que Dios edificará Jerusalén con oro y gemas, y no con piedras vivas, que ahora ruedan sobre la tierra, y según las naturalezas de las piedras, o encendidas de fe, como el carbunclo; o totalmente celestiales, y reducidas al trono de Dios, como el zafiro; o brillando con la inocencia y la simplicidad de las buenas obras, como el cristal. Se nos dice, pues, que consideremos lo que hemos sufrido antes de edificar en nosotros el templo de Dios. Cuando os acercabais, dice, al montón de veinte medidas, y se convertían en diez: o según los LXX: Cuando poníais en el cesto veinte medidas de cebada, y se convertían en diez medidas de cebada. Pues lo que antes de Cristo parecía que teníamos de virtudes y buenas obras, no era trigo, sino cebada: y esa misma cebada, no según nuestra esperanza y deseos, que de Isaac leemos, daba cien frutos (Gen. XXVI), sino que apenas podíamos encontrar la mitad de nuestro trabajo, y se nos decía: ¿Tantas cosas habéis sufrido en vano? (Galat. III, 4)? Pero también cuando entrábamos al lagar, y calculábamos cincuenta ánforas de vino (número que, completadas siete semanas, la unidad de la divinidad incluye), y pensábamos que teníamos vino, que alegra el corazón del hombre, se nos sustraía el número sagrado de treinta (en el que el Señor es bautizado, y Ezequiel ve la visión al comienzo de su profecía, y según el hebreo los sacerdotes se acercaban al ministerio de Dios), y quedaban veinte. Número que ama Esaú, de donde también Jacob, sabiendo que él se deleita con este número, envía ciertos animales en ofrenda, veinte y veinte. Y observa que el mismo Jacob, aunque santo (sin embargo, en ese tiempo en que no estaba con su padre Isaac, es decir, risa; y su madre Rebeca, es decir, paciencia; sino que tenía como vecinos a los asirios, y habitaba en Mesopotamia, rodeado de ríos por ambos lados), sirvió a Labán, el más cruel y avaricioso, durante veinte años (Gen. XXXII). No debe sorprender a nadie que digamos que algunos antes de la fe en Cristo y la edificación de su templo, pueden percibir la mitad de su trabajo, cuando entre los incrédulos no hay fruto de buenas obras. Pues no deposita veinte y encuentra veinte; sino que si deposita veinte, encuentra diez, es decir, la mitad de su trabajo. Judíos, gentiles, y filósofos de este siglo, y otros que se jactan de sabiduría, solo en el tiempo presente de su vida y trabajo obtienen fruto y gloria, y toda su esperanza y recompensa del siglo futuro se les quita. Esto se hace para que no desesperen completamente y desprecien el arrepentimiento; sino que alguna vez convertidos pongan piedra sobre piedra, y edifiquen el templo de Dios. Pero si permanecen en la incredulidad, perderán incluso esa mitad que parecían tener. Pues sigue: Os herí con viento abrasador, y moho, y granizo todas las obras de vuestras manos. Y todo lo que es golpeado por moho y granizo y viento abrasador, se reduce a polvo y ceniza, y no se encuentra en ello nada que sea útil o comestible. Todo esto lo hizo el Señor, porque no se encontró en ellos quien se volviera a él. Pero si se vuelven y edifican el templo del Señor, desde el día en que comiencen a edificar, tendrán lo que el discurso profético añade.

(Vers. 19, 20.) Poned vuestros corazones desde este día en adelante, desde el día veinticuatro del noveno mes, desde el día en que se echaron los cimientos del templo del Señor, poned sobre vuestro corazón. ¿Acaso ya está la semilla en germen, y aún la higuera y la viña y el granado, y el árbol de olivo no ha florecido? desde este día bendeciré. LXX: Poned vuestros corazones desde este día en adelante: desde el veinticuatro del noveno mes, y desde el día en que se echaron los cimientos del templo del Señor, poned en vuestros corazones: ¿Se conocerá más sobre la tierra el área, y si aún la viña y la higuera y el granado, y los árboles de

olivo que no dan fruto? desde este día bendeciré. Os he expuesto, dice, lo que habéis soportado antes de comenzar a edificar mi templo: ahora os expondré lo que os sucederá de próspero, porque habéis comenzado a edificar mi templo. Desde el día veinticuatro del noveno mes en que se echaron los cimientos del templo, 769 considerad cuánta abundancia de cosas habrá. El noveno mes es el que nosotros llamamos noviembre, o diciembre. NISAN () es el primer mes entre los hebreos, que se llama mes de los nuevos: en el tiempo en que celebran la Pascua, es decir, al comienzo de la primavera, que según el curso de la luna a menudo posee una parte del mes de marzo, a veces comienza en abril. Por lo tanto, si entendemos Nisan como abril, el noveno mes según el cómputo hebreo será diciembre. Así que el décimo [Al. diciembre] es el mes en el que las semillas están ocultas en la tierra, y no se puede conjeturar la futura fecundidad. ¿Acaso ya, dice, la semilla está en germen? Lo que se dice mejor en hebreo, en vaina, para significar la envoltura del grano. ¿Acaso la viña y la higuera, y el granado y el árbol de olivo han dado su flor? para que del florecimiento se entienda también el fruto. Por supuesto que no; pues en el mes de diciembre, como hemos dicho, no hay señales de futuros frutos. Para que no digáis, que yo con prudente razón conjeturo esto, y sospecho la futura fecundidad de las flores de los árboles y las hierbas de los campos: he aquí que no hay señales; y sin embargo, yo os predigo, porque habéis comenzado a edificar mi templo, que por mi bendición, habrá fecundidad de todos los frutos. Esto lo hemos dicho según el hebreo. Sin embargo, según los Setenta, el sentido es muy diferente, que también debemos exponer primero según la letra, para que después se trate el orden de la tropología comenzada. Poned vuestros corazones desde este día, en que el templo fue fundado, en adelante, y veréis que habrá tales cosechas, y tanto grano se llevará de todos los campos, que el área no conocerá sus frutos, o que no habrá áreas individuales, sino que por la multitud se unirá área con área, y no se conocerá la separación de las áreas en la tierra. También la viña y la higuera, y el granado, y el árbol de olivo que antes por vuestra culpa no daban frutos, porque aún no habíais comenzado a edificar mi templo, se curvarán con tanta abundancia de uvas y frutos, que la fecundidad manifiesta indicará una bendición manifiesta. Sin embargo, el noveno mes no se toma en buen sentido, y el cuarto libro de los Reyes, 770 y la historia de Jeremías lo narran, en el que se dice que Jerusalén fue sitiada (IV Reg. XXV, y Jer. XXX y XXXII). Sin embargo, dado que al final del noveno mes, se echan los cimientos del templo, podemos entender que no se comienza a edificar el templo del Señor, a menos que las malas obras se terminen. Por eso, en el día veinticuatro del mismo mes, se pone el fundamento del templo, en el que hay un doble δωδεκάς y tres ὀγδοάδες, y cuatro ἐξάδες, de lo que ya se ha discutido más ampliamente. Cualquiera que, por tanto, se dedique al culto de Dios, y desprecie al ῥάθυμον, es decir, al patrón negligente (que en el volumen de Esdras según los Setenta intérpretes (I Esdr. IV), prohíbe edificar el templo de Dios), este no conoce la medida de sus frutos y recompensa. O ciertamente por lo que se dice: si aún se conocerá sobre la tierra el área, quien haya sembrado en el espíritu, y del espíritu coseche vida eterna (Galat. VI), no atesorará para sí en la tierra, sino que todas sus obras, y las recompensas de sus obras se recogerán en los cielos. También la viña, es decir, la palabra de Dios, cuyo Padre es agricultor en cada uno; y la higuera, los dones dulcísimos del Espíritu Santo; y el granado, los dogmas eclesiásticos y la ciencia de las Escrituras, que se compara con las mejillas de la esposa en el Cantar de los Cantares (Cant. VIII), y los árboles de olivo darán refrigerio, e iluminación del corazón a quien haya comenzado a edificar el templo de Dios. Pero que la viña y la higuera y el olivo (dejo por un momento el granado) se refieran a la persona del Salvador, y del Padre Dios y del Espíritu Santo, se lee más plenamente en el libro de los Jueces (Cap. IX), donde van los árboles infructuosos, para constituir un rey sobre ellos, y dicen por orden a la viña y a la higuera y al olivo, que reinen sobre ellos, y tanto la viña, como la higuera y el olivo rehúsan tal imperio, y no se dignan a reinar sobre los árboles infructuosos. Entonces ellos van al árbol de su esterilidad como rey, es decir, al espino

arbusto espinoso, y arbusto entrelazado con espinas y ganchos, que retiene todo lo que toca, y lo retenido lo hiere, y se deleita con la sangre de los heridos: además, emite fuego de sí mismo, y consume los árboles sobre los que reina. Referimos, pues, el espino al diablo, y según la naturaleza del arbusto, interpretaremos su naturaleza. 771 Pero la viña y la higuera, y el olivo estarán allí, donde esté el granado, árbol que por la multitud de sus granos, y con membranas entrelazadas una cierta composición geométrica, y diversas moradas, pero todas comprendidas en una corteza, siempre en las Escrituras se pone sobre la persona de la Iglesia.

(Vers. 21 seqq.) Y vino la palabra del Señor por segunda vez a Ageo, en el día veinticuatro del mes, diciendo: Habla a Zorobabel, gobernador de Judá, diciendo: Yo moveré el cielo y la tierra, y subvertiré el trono de los reinos, y quebrantaré la fortaleza del reino de las naciones; y subvertiré el carro y su jinete; y descenderán los caballos y sus jinetes, cada uno por la espada de su hermano. En aquel día, dice el Señor de los ejércitos: Te tomaré, Zorobabel hijo de Salatiel, siervo mío, dice el Señor, y te pondré como un sello: porque te he elegido, dice el Señor de los ejércitos. En los LXX se añade, el mar y la tierra seca; y falta, Quebrantaré la fortaleza del reino de las naciones, lo que se conoce más plenamente por su lectura [Al. se conocerá]. Es de notar que en el mismo día, es decir, en el veinticuatro del noveno mes, sin mencionar el número del mes, porque profetizaban [Al. se profetizaba] sobre la venida de Cristo, y sobre su reino, por segunda vez viene la palabra del Señor a Ageo, no en su mano como antes, ni al profeta Ageo, como en la cuarta visión, sino solo a Ageo, es decir, al que celebra las fiestas del Señor: porque no anunciaría al que ha de venir, sino al que ya ha venido y visto. Y como Abraham vio el día de Cristo, y se alegró (Juan VIII); y Juan señaló con el dedo al Cordero de Dios (Juan I): así también él viendo el reino del Hijo de Dios, tenía en sí todas las solemnidades. En este lugar hay diversas opiniones entre muchos: Otros piensan que se dice sobre su primer advenimiento: otros sobre el segundo, cuando ha de venir [Al. ha de estar] en su majestad. Nosotros aceptamos ambos, porque entonces reinó cuando vino, y después ha de reinar. Sin embargo, si queremos entenderlo sobre el fin del mundo, diremos lo que el apóstol habla a los Corintios: Destruirá todo principado y toda potestad y 772 virtud, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV). Y porque es místico lo que se dice, y se refiere al fin de las cosas; por eso se ordena al profeta hablar solo a Zorobabel, a quien en tipo de Cristo hemos mostrado que procede de la asunción del cuerpo de la simiente de David. A él, pues, se le dice lo que ha de venir al final, que pase la figura de este mundo, y se haga un cielo nuevo, y una tierra nueva, y el Señor conmueva el cielo y la tierra, y destruya todo principado, y potestad, y virtud, y disipe a los reyes de los reyes, o como se tiene en hebreo, de los reinos, y mate toda fortaleza contraria, para que incluso a aquellos que antes reinaron, y tuvieron a las naciones bajo su dominio, les aproveche la destrucción de su reino, y disipada toda ansia de guerra, siga la paz; esto es lo que dice: Y subvertiré el carro, o los carros, y sus jinetes, y descenderán los caballos y sus jinetes. Y para que sepáis que en la subversión de los carros y la caída de los caballos, se significa lo que hemos dicho: Ved cómo se dice de Cristo en Zacarías que viene el rey manso, y montado sobre un asno y un pollino, hijo de asna, y destruirá los carros de Efraín (Zac. 9), y el caballo de Jerusalén, para que haya un solo rebaño y un solo pastor, y ambos grupos, tanto de gentiles como de judíos, estén bajo el pastor pacífico. Para que estas cosas que son perversas sean destruidas, cada uno se levantará contra su hermano con la espada (que yo creo que es el discurso de la doctrina más agudo, y que corta todo lo perverso), cortando todo lo contrario. Pero el fin de todas estas cosas es el mejor. Pues después de la destrucción de los tronos, y las fortalezas [Al. fortaleza] de los que reinan, y de los carros, y de los caballos, y de los jinetes, en aquel día, dice el Señor omnipotente: Tomaré a ti, Zorobabel, hijo de Salatiel, mi siervo. Siervo se dice por el cuerpo humano, porque entonces también el hijo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, y en todos los sujetos se verá también él sujeto. Pero cuando esto se haya cumplido,

Dios lo pondrá como un sello en su mano: Porque a este lo ha sellado 773 Dios Padre (Juan VI, 27): y este es la imagen del Dios invisible, y la forma de su sustancia: para que cualquiera que crea en Dios, sea sellado con esto como con un anillo.

Te ruego, lector, que perdones el discurso apresurado del que dicta, y no busques la elegancia del lenguaje, que he perdido tras mucho tiempo de estudio de la lengua hebrea: aunque Alecto siempre me considere un niño y mudo. A quien yo diré: El Señor dará la palabra al que evangeliza, con gran poder (Sal. LXVII, 12).